
ESCC EN MI

trayectoria académica y afectiva (notas desde la memoria)

Marta Rizo García

No sé si escribo estas líneas como catalana, como catalana en México, o como *ya casi* mexicana. Es difícil escribir algo del pasado desde el presente, recuperar la memoria de algo que sucedió hace más de una década. Es, también, interesante, rico, divertido, hasta emocionante, porque permite verme a mí misma hace tiempo, desde otro lugar, siendo ya otra. Desde el aquí y el ahora.

Las líneas que siguen recuperan parte de mi memoria personal acerca de la revista que aquí nos reúne: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. La revista apareció en mi vida por ahí de 1994, cuando cursaba los primeros semestres de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB). En ese entonces, México estaba fuera de mi vida, completamente fuera, en todos los sentidos. Era una joven de Rubí, un pueblo cercano a Barcelona; estudiaba comunicación sin saber exactamente por qué ni para qué; mi familia y amigos, mis lugares; absolutamente todo, estaba en Rubí, en Barcelona y en la Autònoma.

Hablar de la revista *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* (ESCC) me obliga a retroceder, así, más de once años atrás en mi vida. Siendo estudiante enseguida me percaté de que yo no quería ser periodista. Y esa era la línea predominante en la carrera. Quizás por mi necesidad, o por no querer dejar a medias algo que ya había iniciado, me dispuse a trabajar sobre todo las materias que me gustaban: las de teoría y las de metodología. Eran éstas las materias que todos o casi todos mis compañeros aburrían, incluso odiaban. De ahí que en seguida me ganara etiquetas como la de «bicho raro» o «ratón de biblioteca». Quizás sí lo era, pero mi forma de ser me impedía dar marcha atrás y hacer cosas que no me gustaban sólo por el hecho de seguir la moda. Por ello, me dediqué con corazón y mente a las materias a las que veía más sentido, aquellas que me permitían adentrarme en lecturas de hacía casi un siglo, aquellas que me permitían hacerme preguntas acerca de qué se había pensado antes, mucho antes, de que yo naciera. Y a la vez, aquellas materias que me permitían leer el presente de otra manera, no sé si mejor, pero al menos sí con más elementos.

Mi relación con la revista inició en la biblioteca. No hubo ningún profesor que me la recomendara, ningún texto en las bibliografías de las materias, absolutamente ninguna referencia en clase. Y aunque esto puede leerse como algo negativo, para mí no lo fue. Es más, el hecho de no encontrar lo que buscaba en el salón de clase fue lo que me condujo a pasar largas horas en la biblioteca, buscando y rebuscando por los estantes, encontrando libros que ni siquiera había oído nombrar antes. Y así fue como encontré la revista. Ésta y muchas otras. Tuve la suerte, eso tengo que decirlo, de poder estar en una de las mejores bibliotecas de comunicación de Europa, la de la Autónoma, que cuenta con cerca de cuarenta mil obras de comunicación y temas afines. Mi querida biblioteca: la biblioteca en la que estuve hace sólo unos días; la biblioteca de la que saqué quién sabe cuántos miles de copias; la biblioteca en la que me pasé quién sabe cuántas horas revisando y hojeando libros, diarios, revistas; la biblioteca en la que saludaba a todos y todas, desde los encargados del préstamo hasta a los becarios que se la pasaban acomodando los libros que estudiábamos como yo movíamos; la biblioteca en la que tenía una silla reservada para mí.

ESCC me llamó la atención por un asunto quizás superficial, pero no puedo dejar de contarlo: me gustó el diseño de las portadas, las simbologías, incluso busqué en libros mexicanos qué significaban todos aquellos dibujos para mí desconocidos. Ésa fue la relación inicial: me encantó que existiera una revista académica, seria, que incorporara simbología de la antigua cultura mexicana en sus portadas. Eso me gustó mucho. También me gustó, ya en términos de contenidos, la organización de la revista: los artículos varios, por un lado, separados de los metodológicos, por el otro. Mi pasión por todo lo metodológico me hacía fácil la búsqueda. Ahí encontré los primeros protocolos de etnografía, de entrevista en profundidad, de encuesta. Encontré, precisamente, lo que no me enseñaron mis maestros, o lo que me enseñaron muy superficialmente.

Pronto comencé a aficionarme a leer casi todos los artículos. Recuerdo algunos de Gilberto Giménez y Martín Barbero, que usaba sobre todo para las materias relacionadas con la cultura.

Recuerdo otros de Jorge A. González, de Jesús Galindo, que sobre todo usaba para mis rollos metodológicos, para los proyectos que presentaba en algunos de los cursos. Recuerdo que una vez, para la materia de metodología de investigación obligatoria, me pidieron como trabajo de curso presentar un proyecto de investigación, sólo el proyecto. Presenté una propuesta de estudio de recepción televisiva por parte de la población inmigrante de mi pueblo, Rubí. Trabajé mucho el proyecto, traté de sustentarlo con muchas cifras y datos de contexto, traté de ser lo más detallada

posible en el marco teórico y el programa metodológico del proyecto: indiqué las técnicas a utilizar, tanto de investigación como de análisis de la información; presenté detalladamente los protocolos de aplicación de las técnicas (entrevista en profundidad, grupo de discusión y observación participante). Fue tal el trabajo, que la maestra que entonces me impartía esa materia, Teresa Velázquez, me invitó a solicitar una beca como investigadora novel en el departamento de comunicación de la UAB. Eso fue por allá del año 1996. Y la conseguí: desarrollé el proyecto que había nacido sólo para pasar una asignatura más. Y en ese momento, el gusto por investigar fue tomando más forma, acompañado por la motivación de tener una beca, de estar más cerca de los profesores del departamento, de tener unas horas a la semana que obligatoriamente tenía que dedicar a hacer el trabajo de campo, el análisis y demás tareas propias de un trabajo de investigación. Toda la experiencia fue muy gratificante. Y a la pregunta de Teresa de «dónde había conseguido tanta información metodológica», mi respuesta fue: «en la revista *ESCC*». Yo andaba, como buena estudiante de licenciatura, con fotocopias de decenas de los artículos de *ESCC*. Las revistas no se podían extraer de la biblioteca, de ahí que las fotocopiara. Recuerdo incluso haber fotocopiado números completos, números que después engargolaba y archivaba en la entonces mi biblioteca, en la recámara de mi casa de Rubí. Quién sabe hoy por dónde anden esos engargolados ¡pero cuánto me sirvieron en su momento!

Otro punto importante que no quiero dejar de mencionar: el asunto que la revista fuera de Colima. Para mí, Colima era lo mismo que nada, no tenía ni idea de dónde estaba, de cómo era, de quiénes eran sus habitantes, su cultura. Ni sabía que estaba en México. De hecho, sabía poco de México. Y por ello también me puse a buscar sobre la ciudad y el estado, en particular, y de paso sobre México, en general. Por ello, de alguna manera *ESCC* fue mi puerta de entrada a México, a su mundo académico, a sus ideas, y en algún sentido, a su gente. Busqué Colima en el mapa, encontré una ciudad pequeña, me interesaba saber más de ella. Más de por qué allí, y no en una gran ciudad, se había creado el Programa Cultura. Más de por qué allí y no en el DF, por ejemplo, había personas jóvenes que se estaban formando en la investigación. En aquello que yo tanto ansiaba.

El contacto con la revista se hizo más fructífero unos años más tarde, en el 2000, cuando ya era yo estudiante de Doctorado. Ahí conocí a Jorge A. González, y con él, a muchos otros *compas* de la RICC, entre ellos, a Jesús, al Oso, al Pepefino, al Mane, al Gabriel y a muchos más que ahora no quiero nombrar para no extenderme. La RICC inauguró mi siguiente etapa de relación con la revista y con México, claro. En esos momentos lo que leía de *ESCC* fue más cercano a la cibercultura, a las redes, a todo lo que aparecía-

ra de la RICC o relacionado con ésta. Vivir en un país tan lejano como España, en todos los sentidos, me impedía estar lo cerca que yo quería de México. De ahí que nuevamente fuera la revista mi mediadora, el medio principal de contacto con los académicos y académicas mexicanos. Recuerdo que la RICC hizo que mi entorno fuera cada vez más grande, y el Internet por supuesto contribuyó a ello. De tener todo, absolutamente todo, en Rubí, Barcelona y la Autónoma, pasé a conectarme con personas de acá, con mexicanos y mexicanas que hoy siguen siendo mis amigos, algunos muy especiales, otros más distantes pero igualmente personas queridas. Mi mundo se ensanchó, hasta el punto de cambiar por completo el rumbo de mi vida y emprender un viaje que, en un principio, iba a ser sólo de un año. Y acá me tienen.

Hoy escribo estas líneas con menos respuestas que preguntas. Pero hoy las preguntas son otras. Sé un poco más de Colima, bastante más de México, ahora mi país, y «bastantísimo» más del campo académico mexicano, en el que he desarrollado la mayor parte de mi producción académica y de formación. Sé mucho más, también, de la revista, de muchos de sus autores, de sus orígenes, de algunos de los pormenores del Programa Cultura, de su contribución a los estudios culturales latinoamericanos y al campo académico de la comunicación y la cultura en México. Sé también más de Colima, de la ciudad, de su gente, de su clima, de los estudiantes de la Universidad, de su comida.

Hoy, casi doce años después, presumo mi colección casi completa de la revista, que descansa ordenada en los estantes de mi biblioteca personal. Utilizo la revista para muchos de mis trabajos o al menos, la reviso y leo por curiosidad, para ver qué se produce en México. Recomiendo la revista a mis estudiantes: sé que en ella tienen material de interés para sus trabajos, para sus tesis, para todo lo que tienen por hacer. La uso también para las antologías que preparo para mis clases de licenciatura. La uso, por tanto, como lectora y académica, por un lado y como docente, por el otro. Y le saco mucho provecho.

Hoy escribo estas líneas y no puedo dejar de pensar quién era aquella *chava* inquieta con ganas de fotocopiar el mundo entero para saber lo que se escribía por estos mundos lejanos ahora tan cercanos. Si en aquellos momentos alguien me hubiera dicho que yo acabaría viviendo en México no lo hubiera creído. No conocía a nadie de México, absolutamente a nadie. Mi conocimiento se reducía a los mitos mediáticos e históricos: Emiliano Zapata, Pancho Villa, el EZLN y Frida Kahlo y poco más. Y hoy, doce años más tarde, heme aquí, en México, rodeada de compañeros de la revista, de compañeros de la universidad, de mis queridos estudiantes. Quién me lo hubiera dicho.